



Índice

Presentación	3
Ángel García Cook El desarrollo cultural prehispánico en el norte del valle poblano-tlaxcalteca: inferencias de una secuencia cultural, espacial y temporalmente establecida	9
Román Piña Chan Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino	61
Jürgen Kurt Brüggemann Estudios estratigráficos en el sitio arqueológico de Acozac, 1973	82
B. Leonor Merino Carrión Ángel García Cook Proyecto arqueológico Huasteca	110
Alba Guadalupe Mastache Flores El trabajo de lapidaria en el estado de Guerrero, una artesanía actual inspirada en formas prehispánicas	127
Beatriz Braniff Cornejo Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo	136
Alejandro Martínez Muriel La arqueología de la presa de Chicoasén, Chiapas	155
Margarita Gaxiola González Huapalcalco y las tradiciones alfareras del Epiclásico	162
Enrique Nalda Hernández Algunas consideraciones sobre el desarrollo prehispánico de la bahía de Chetumal	183
Roberto García Moll Algo sobre papeles viejos de Palenque	191



Figurillas de la fase Tlatempa.

Presentación

Aunque este número conmemora su 30 aniversario, los antecedentes de la revista *Arqueología* se remontan a un periodo de más de 40 años, cuando se generó la inquietud de tener una publicación científica de esta disciplina que difundiera las investigaciones de los diversos proyectos del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Fue así que en el entonces Departamento de Monumentos Prehispánicos, los arqueólogos Ángel García Cook, Román Piña Chán y Rubén Maldonado Cárdenas propusieron la edición de una revista coordinada por ellos mismos, a la que posteriormente se integraron Guadalupe Mastache y Jürgen Brüggemann. En ese marco y bajo el nombre *Serie: Arqueología* se imprimieron en 1976 los tres primeros números cuyos contenidos se incluyen en este volumen. El breve tiempo de esa publicación se debió en parte al cambio del Departamento de Monumentos Prehispánicos al nivel de Dirección.

En 1987, Ángel García Cook solicita a Guadalupe Mastache continuar con la publicación, creándose así su nueva serie como *Arqueología*, coordinada en sus dos primeros números por Patricia Fournier y Guadalupe Mastache; posteriormente se integraría al cuerpo de editores Jorge Angulo. En esta época sólo se imprimen cinco números de la entonces Dirección de Monumentos Prehispánicos. Después se integra a la comisión editorial Joaquín García Bárcena, con lo cual se transita a otra etapa de la revista, denominándola *Revista Arqueología, segunda época*, en el marco de la recién instituida Dirección de Arqueología y a partir del número 8, con el apoyo de la Coordinación de Arqueología. Ya para la nueva fase se integra al contenido de la revista una sección de entrevistas, reseñas de libros y comentarios sobre el Archivo Técnico. La comisión editorial mencionada coordinó así la edición de 26 números.

A partir del número 27 y hasta el 54, Ángel García Cook fungió como el editor de la misma; durante este periodo estuvo asistido por Ana María Álvarez Palma (hasta el número 39) y posteriormente por Alejandro Martínez Muriel, quien lamentablemente sólo colaboró en el número 40; para el número 41 fue apoyado por Alberto López Wario y posteriormente, como coeditora, se integró Laura Castañeda Cerecero en los números 52, 53 y 54.

Con este número 55 se conmemoran los 30 años de la revista, sobre el que una comisión presidida por el coordinador nacional de arqueología, Pedro Francisco Sánchez Nava, decidió que los artículos que la formaran fuesen trabajos pioneros de los mismos arqueólogos que impulsaron la revista. Se incluyen también los trabajos de otros investigadores, lamentablemente ya fallecidos y que estuvieron adscritos a la Dirección de Estudios Arqueológicos en sus diferentes etapas.

El proceso de edición y formación de este número presentó diversos retos. Aunque los textos ya habían sido publicados, se tuvo un manejo diferente, que implicó la búsqueda de los contenidos en diversos acervos bibliográficos, el de la propia revista y del archivo personal de Laura Castañeda. Seleccionados los textos, se procedió a capturarlos para su manipulación digital; durante esta etapa fue posible enmendar algunos errores menores u omisiones de letras y signos de puntuación, los cuales fueron corregidos sin afectar el significado del contenido.

La edición de las imágenes se realizó, principalmente, mediante tres procedimientos: escaneado y edición de las páginas impresas; digitalización y edición de los negativos originales de las imágenes individuales que componían algunas láminas, y por último, el redibujo de los trazos esquemáticos originales, para obtener una imagen más clara de la que se obtuvo en la impresión, debido a las limitaciones tecnológicas de la época.

Cuando no fue posible contar con las imágenes originales que ilustraban los textos, fue necesario obtenerlas del ejemplar impreso. A partir de ese archivo, la edición consistió en adecuar la nueva imagen, corrigiendo errores o defectos en la impresión, ajustando el balance de los tonos para contar con mayor definición, etcétera. El texto de Merino Carrión incorpora 14 figuras, de las cuales las tres primeras son esquemáticas y las 11 restantes son láminas compuestas por 8 a 10 fotografías de piezas o dibujos. Muchas de estas imágenes estuvieron disponibles en el archivo fotográfico del Proyecto Arqueológico Huasteca; sin embargo, fue necesaria una minuciosa tarea de identificación de cada pieza para poder integrarla al texto. Después de la identificación y localización de las piezas que integraban cada lámina, los negativos fueron digitalizados y editados para obtener la mejor calidad: del negativo se obtuvo un positivo, del cual se balancearon los tonos de grises, se corrigieron defectos de la toma como enfoque o iluminación, etcétera. Finalmente se integraron los elementos en cada una de las láminas que complementan el texto. Otra ventaja que tuvo el escaneo de los negativos es la incorporación de una escala común para muchas de las piezas que integran las láminas, la cual era un tanto ambigua en las impresiones originales debido a las limitaciones tecnológicas de la época. Las imágenes que no estuvieron disponibles en el archivo fotográfico se obtuvieron de la página impresa, por lo cual fue necesario el tratamiento mencionado.

En algunos textos, como los de García Cook, Brüggemann, Merino, Gaxiola, Martínez Muriel y Braniff existen mapas, cuadros y dibujos esquemáticos que requirieron ser redibujados para ofrecer mejor calidad

de la que se obtuvo en la impresión. Debido a las características técnicas de los trabajos originales, los mapas con muchos elementos (como los que presenta García Cook) tienen el problema de que las líneas son muy gruesas y en algunos puntos se traslapan unas con otras; además de esto, la tinta no fue aplicada de manera uniforme, dando como resultado algunas zonas con manchas con el color del papel. Además de la corrección de las líneas de cada esquema, se tuvo la ventaja de manipular los textos complementarios de cada uno de esos esquemas para aprovechar mejor el espacio dentro de la publicación.

Para el diseño de la portada se buscó brindar un mayor espacio a la imagen, creando así un lienzo que le da la importancia necesaria. El cabezal fue modificado con la intención de brindar una sensación de renovación. Utilizando un tipo de letra serif, la jerarquía de este cabezal radica en el espacio que lo rodea, teniendo a su vez una estrecha relación con el elemento que envuelve al número consecutivo de la publicación. Tomando en cuenta los elementos que presentaba el diseño anterior, los artículos que integran este número fueron dispuestos en la parte baja del espacio, debajo de una pleca que delimita y a su vez sirve de sustento para la imagen principal.

El diseño de los interiores se basó en la necesidad primordial de aprovechar mejor el espacio de la página. Se eligió una familia tipográfica que permitiera una mayor cantidad de caracteres por línea, lo cual se traduce en una disminución en el número de páginas utilizada. Respecto de las imágenes, la mayoría se integran al texto en tanto son mencionadas, intentando que sea en un espacio inmediato a la llamada. Debido a este requerimiento, en algunos casos se modificó la disposición de las láminas o incluso su tamaño, sin sacrificar su legibilidad. Para todo el proceso antes mencionado contamos con el apoyo técnico del D.C.V. Álvaro Laurel y Karina Osnaya.

Vale la pena enfatizar que la revista *Arqueología* ha sido el recipiente en el que se han vertido los resultados de numerosas investigaciones de expertos tanto de nuestra institución como de otras instancias académicas, lo mismo arqueólogos nacionales que extranjeros, convirtiéndose en una fuente constante de divulgación y consulta del quehacer arqueológico.

Es muy satisfactorio presentar el número 55 de la revista *Arqueología*, una edición singular en tanto compila diez destacados trabajos de igual número de investigadores, todos ellos entrañables, varios de ellos nuestros maestros, jefes o guías en la disciplina arqueológica y, como ya se dijo, todos por desgracia ya fallecidos.

En este número los arqueólogos Ángel García Cook, Román Piña Chán, Jürgen Kurt Brüggemann, B. Leonor Merino Carrión, Alba Guadalupe Mastache, Beatriz Braniff, Alejandro Martínez Muriel, Margarita Gaxiola, Enrique Nalda y Roberto García Moll nos brindan un ejemplo de su erudición y de la riqueza cultural que distingue a la arqueología nacional a través de esta muestra de sus investigaciones de las que intentaremos hacer unas breves reseñas, invitando al lector a disfrutar el texto completo:

A partir de los trabajos iniciados desde 1972 en el Proyecto Arqueológico Puebla-Tlaxcala, en los que se localizaron más de 650 sitios arqueológicos, García Cook plantea que fue posible establecer que las primeras ocupaciones humanas en el área se dieron hace 12000 años a. n. e., registrándose materiales como: proyectiles de piedra, tajadores y puntas Clovis, asociados a fauna pleistocénica; y 7 fases posteriores:

1) Tzompatepec; 2) Tlatempa; 3) Texoloc o Fase III; 4) Tezoquipan o Fase IV; 5) Tenanyecac; 6) Texcalac y Tlaxcala.

Piña Chán presenta una propuesta del desarrollo social basado en la dinámica cultural secuencial del México precolombino, ello a partir de las evidencias arqueológicas y hechos históricos, apoyados en una cronología relativamente exacta con el fin de incorporar las fases locales establecidas. Dicho modelo se divide en dos épocas: primero, la época de apropiación de alimentos. Enmarcada por las etapas de los recolectores y cazadores nómadas, ubicándose en los periodos preagrícola (20 000–7 000 a. n. e.) y protoagrícola (7 000–5 000 a. n. e.); engloba los primeros acontecimientos dentro del continente americano, incluyendo las primeras penetraciones inmigrantes y la adaptación de éstos. La segunda es la época de la producción de alimentos. Comprende desde la etapa de comunidades sedentarias (5 000–2 400 a. n. e.) hasta la etapa de los pueblos y estados militaristas (1 250–1 521 d. n. e.); es decir, abarca todo tiempo posterior al temprano poblamiento de América, los pueblos que fueron asentando las bases de las culturas propiamente sedentarias del Nuevo Mundo, las cuales alcanzarían periódicamente niveles culturales más avanzados y que finalmente se vieron truncados por la conquista española.

Brüggemann establece la ubicación del sitio arqueológico de Acozac dentro del fraccionamiento habitacional del mismo nombre en el municipio de Ixtapaluca, en el Estado de México, anotando que está asentado sobre una colina conocida como Ixtapaluca Viejo, la cual da inicio a una cadena de elevaciones. Se señala en el texto que los primeros estudios de la zona datan de 1964, y corresponden a los realizados por los arqueólogos estadounidenses Nicholson y Grove, quienes por primera vez hicieron un estudio estratigráfico en la zona. Posteriormente el arqueólogo Eduardo Contreras exploró y reconstruyó la llamada pirámide circular, el palacio, algunos altares y la parte inferior de la pirámide principal.

La investigación de Jürgen Kurt Brüggemann y un grupo de pasantes ocurrió en 1973, y buscaba hacer estudios estratigráficos en tres zonas del sitio: 1) Zonas de producción primaria (dedicada al cultivo de plantas domésticas); 2) Zona habitacional, y 3) Zona central o monumental (edificios cívico-religiosos). Brüggemann y su equipo registraron 5 capas estratigráficas, desplantando desde una compuesta por tepetate. Lograron afinar la cronología del asentamiento para el periodo Posclásico y avanzaron en la definición de la filiación cultural con base en la identificación de los tipos cerámicos que registraron: aztecas, cholultecas y texcocanas, de formas varias.

El texto de Merino Carrión expone los trabajos realizados de 1978 a 1982 en el área de la Huasteca, comprendiendo un espacio cultural de 9 500 km², en los cuales se lograron localizar 525 asentamientos humanos prehispánicos (483 grupos sedentarios y 42 grupos nómadas). Se registraron además diversos materiales como: cerámica, lítica, concha, hueso, metal, entre otros; además se hallaron 181 enterramientos humanos.

La correlación tipológica de materiales y contextos, así como las pruebas de C-14 permitieron establecer la diferenciación de 8 fases culturales: 1) Pujal (1 600 a 1 100 a. n. e.); 2) Tampaón (1 100 – 650 a. n. e.); 3) Tantuán I (650 – 350 a. n. e.); 4) Tantuán II (350 a. n. e. – 200 d. n. e.); 5) Coy (200 – 650 d. n. e.); 6) Tanquil (650 – 900 d. n. e.); 7) Tamul (900 – 1 200 d. n. e.), y Tamuín (1 200 – 1 550 d. n. e.).

Mastache presenta un estudio de caso realizado entre los artesanos de las ciudades de Taxco e Iguala, a finales de 1979 y principios de 1980,

sobre la producción, distribución y consumo de la artesanía. Una región rica en yacimientos minerales, que desde hace más de tres milenios ha proveído los materiales en los que fueron elaborados objetos suntuarios y ceremoniales en Mesoamérica. Lejos de esta tradición prehispánica, durante la década de los años treinta del siglo xx, surgió la industria lapidaria en esa entidad, una actividad que reconfiguró la economía y las relaciones sociales de las comunidades de la zona.

Para un mayor entendimiento de la Mesoamérica septentrional, Braniff analiza, a partir de varios modelos teóricos, la conceptualización de esa región tan diferente a la Mesoamérica tradicional. A través de la revisión de las áreas culturales y naturales establecidas hace un siglo por antropólogos estadounidenses en ese territorio, y a partir también de la definición de Kirchhoff de Mesoamérica como un área cultural y de los esfuerzos subsecuentes para fijar con claridad sus límites, busca aclarar lo perteneciente a Mesoamérica, contrastándolo con lo que no lo es, es decir, el área norte. Tras esta profunda exposición, distingue a la región septentrional de Mesoamérica a partir de los primeros grupos del Formativo que la ocuparon en su parte noroccidental y norcentral, así como del desarrollo disímil de su porción nororiental, hasta su abandono.

Martínez Muriel narra los alcances de investigación del proyecto de salvamento arqueológico originado por la construcción de la presa hidroeléctrica, localizada en el cauce del río Grijalva. En los valles de Osumacinta-río Hondo y el Sumidero se localizaron casi cincuenta sitios arqueológicos: asentamientos abiertos, cuevas y abrigos rocosos, en los que se identificaron principalmente dos momentos de desarrollo, el primero en el Formativo, cuya evidencia fue escasa, y uno durante el Clásico tardío y Posclásico temprano, del que se registraron vestigios arquitectónicos, tales como juegos de pelota, plazas, terrazas y edificios. La investigación, llevada a cabo entre 1978 y 1980, dio pie a numerosos estudios arqueológicos, etnohistóricos e incluso uno etnoarqueológico, toda vez que en su momento se había abandonado el pueblo viejo de Osumacinta, dejando un cúmulo de evidencia arqueológica de una ocupación moderna.

A través del análisis minucioso de la cerámica de Huapalcalco, fechada entre el 650 y 900 d.C., y procedente de excavaciones extensivas de tres unidades habitacionales, dos ubicadas dentro de la zona habitacional del sitio y la tercera sobre el yacimiento de obsidiana del Pizarrín, se identificaron cuatro tipos predominantes: la de servicio, la utilitaria, la ritual y la de intercambio. El complejo cerámico de Huapalcalco apoya algunas de las tesis planteadas por diversos autores, entre ellas: que la gestación de las tradiciones alfareras del Epiclásico ocurrió fuera de la cuenca de México, y son en cierta medida contemporáneas a la fase Metepec; que la tradición representada por la cerámica Coyotlatelco, no fue la dominante en el centro de México durante el Epiclásico, sino que lo fue la cerámica café pulido de palillos; y que durante este periodo hubo un intenso contacto comercial e ideológico entre grupos de la costa del golfo de México y del norte de Mesoamérica, en el que Huapalcalco ocupó un papel importante.

Con la intención de aproximar la ubicación del antiguo Chetumal, Nalda consultó el relato de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés y el de Alonso Dávila, cuando este último incursionó a la provincia de Uaymil-Chetumal, en 1531-1532. Los textos son contradictorios con respecto de la ubicación de la antigua ciudad, el primero situándola lejos de la costa mientras que el segundo la ubica en la costa. Por otro lado, en su

Historia de Yucatán, fray Diego López Cogolludo narra el viaje de evangelización de Bartolomé de Fuensalida y Juan de Orbita, al norte de lo que es hoy Belice, en 1618; aquí se encuentran ciertas contradicciones en cuanto a lo dicho por Dávila. Los posibles sitios prehispánicos de importancia, asentados en la bahía de Chetumal son: El Cocal, Oxtankah, Ichpaatun y Calderitas Pueblo, en México; y Santa Rita Corozal en Belice. De acuerdo a la cronología, la arquitectura y la ubicación de éstos, es posible que Ichpaatun sea el antiguo Chetumal; por ello, Nalda se aboca al análisis del desarrollo mismo de la región, bajo el control político de esta ciudad.

Roberto García Moll hace una revisión de dos textos sobre las exploraciones hechas en el Templo de la Cruz, la de Alfred P. Maudslay, precursor de la arqueología moderna en el área maya, y la de Edward H. Thompson, arqueólogo estadounidense, famoso por haber extraído objetos rituales del cenote sagrado de Chichén Itzá y entregarlos al Museo Peabody. Ambos textos fueron publicados a finales del siglo XIX y contienen extensas descripciones de los depósitos funerarios explorados. También los citó Alberto Ruz en su trabajo sobre costumbre funerarias. El Conjunto de las Cruces, constituido por varios edificios, entre ellos el de la Cruz, ha sido estudiado también a través de la epigrafía, gracias a lo cual se sabe que ese conjunto fue erigido por el descendiente del gobernante Pakal, por tanto, se presupone que aquí estaría el sepulcro de dicho personaje, específicamente en el Templo de la Cruz, uno de los edificios más explorados del sitio. García Moll reflexiona sobre la importancia de recurrir a estos escritos para articular la información vertida en ellos con el referente arqueológico. Quizás en ellos podrían hallarse las respuestas a varias interrogantes sobre la gran cantidad de enterramientos hallados en el sitio y la identificación de los personajes a los que fueron dedicados suntuosamente algunos de ellos.

Pedro Francisco Sánchez Nava
Laura A. Castañeda Cerecero